

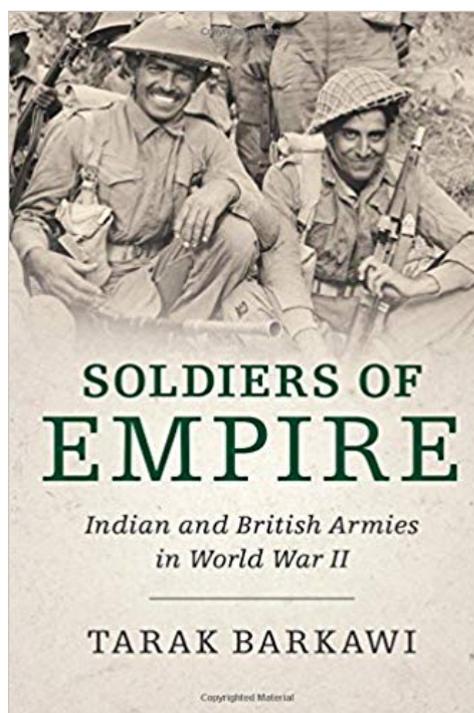
Tarak BARKAWI: *Soldiers of Empire. Indian and British Armies in World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, Xviii, 321 pp. ISBN: 9781107169586.

Ángel Alcalde

*Center for the History of Global Development, Shanghai University*

### Soldados del Raj británico. Una perspectiva sociológica poscolonial

El politólogo Tarak Barkawi, de la London School of Economics, es uno de los analistas más innovadores de los estudios sobre la guerra y las instituciones militares contemporáneas. Su último libro, *Soldiers of Empire*, recoge sus muchos años de investigación centrada en el ejército indo-británico durante la Segunda Guerra Mundial; es una actualización de su tesis doctoral realizada en los años noventa y hasta ahora en gran parte inédita, con el beneficio de décadas de posterior reflexión teórica y metodológica. El libro, por tanto, tiene la ventaja de contar tanto con una detallada base documental y de fuentes primarias y de archivo, como con un poderoso espíritu interpretativo bien asentado sobre un conocimiento experto de la bibliografía y los debates académicos sobre lo bélico y lo militar. No se trata de un libro más acerca de la historia militar de la Segunda Guerra Mundial, sino de una



contribución sustanciosa al conocimiento científico, histórico y sociológico del funcionamiento de los ejércitos modernos. Los lectores pueden tomarse al pie de la letra los elogios anticipados de varios expertos internacionales que se encuentran en la contraportada, desde el historiador Hew Strachan, que afirma que el libro hace pedazos muchos fundamentos de la profesión, y la politóloga Elizabeth Kier, que augura que se convertirá en un clásico en su campo.

Aunque el libro está estructurado en tres partes (*Colonial Soldiers, Going to War, History and Theory*), todas ellas combinan la narración de hechos de armas y campañas, el análisis de fuentes, y la reflexión teórica. Es loable que no haya una separación rígida entre la descripción, el análisis y la síntesis interpretativa, porque esto repercute en la gran fluidez del texto, absorbente en muchos de sus fragmentos. Así, las operaciones militares en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial, que forman el foco de la atención empírica del libro, no están narradas de manera cronológica y formularia. En lugar de esto, el autor examina algunos enfrentamientos particulares, como la batalla en el Arakan (1942-1943) o la defensa del perímetro de Sangshak (marzo de 1944), para sustanciar sus argumentos, los cuales van más allá de lo meramente operacional.

El leitmotiv del libro es aportar nuevas explicaciones a la eterna pregunta de cómo los soldados se hacen y por qué combaten. Varias generaciones de intelectuales desde los escritos

del coronel Ardant du Picq en el siglo XIX se han planteado cuestiones que giran en torno a conceptos como “motivación”, “grupo primario”, “cohesión”, “disciplina” o “moral”. Sin embargo, pocos hasta ahora habían tomado un ejército colonial, el del Imperio Británico en el subcontinente surasiático o Raj, como caso fundamental de análisis. Barkawi, con un conocimiento más familiar que el de otros autores occidentales sobre la cultura y sociedad india, lleva a cabo esta misión, que desde el principio promete sorpresas, al ser aquella fuerza armada una especie de rareza: a pesar de estar compuesta por sujetos coloniales bajo el mando de un poder extranjero (los ingleses) luchando frente a los japoneses en un contexto de agitación nacionalista anticolonial en la propia India, la indo-británica fue una maquinaria bélica de gran efectividad. A la vez, la existencia del INA (Indian National Army), un ejército compuesto de prisioneros de guerra indios, promovido por los propios captores japoneses para combatir a los británicos con el objetivo último de la independencia nacional india, plantea aún más preguntas y paradojas sobre la gran eficacia de las unidades coloniales. ¿Cómo fue posible esta?

Las primeras respuestas hay que buscarlas, como hace Barkawi en una primera parte de su libro, en la manera en la que los británicos levantaron su ejército en la India después de la rebelión nativa de 1857. Imbuidos de una mentalidad colonial, los altos mandos británicos diseñaron unas fuerzas armadas basadas en un juego de divisiones y equilibrios a partir de criterios étnicos y prejuicios racistas. Los anglosajones categorizaron y esencializaron a las poblaciones del subcontinente surasiático simplificando su complejidad cultural y social, la cual quedaría artificialmente dividida en bien definidos grupos religiosos, regionales y de casta. Oficiales británicos y administradores coloniales como Henry Lawrence organizaron las unidades del ejército del Raj a partir de clases étnicas, privilegiando el reclutamiento de una serie de agregados humanos considerados “razas marciales”. Así, los sikhs, un grupo religioso predominante en la región norteña del Punjab, devinieron un colectivo típico de extracción militar, así como lo hicieron los gurkhas de la región montañosa nepalesa, los dogras y los pastunes, todos ellos provenientes de zonas más septentrionales y de mayor altitud, ya que los británicos juzgaban a los hombres de las calurosas llanuras del centro y sur del subcontinente como afeminados e inadecuados para el oficio guerrero. El secreto del éxito de mantener la lealtad del ejército colonial británico se basó, pues, en la manera de dividir sus unidades en agrupamientos basados en su adscripción étnica. Era improbable, por ejemplo, que unidades compuestas de musulmanes del Punjab traicionasen órdenes de aplacar una hipotética rebelión de hindúes en Bengal. Por ello, el servicio militar de los súbditos indios en las unidades del ejército imperial implicaba una intensa socialización en los valores religiosos y étnicos atribuidos a su teórico grupo de origen, estuviesen sus miembros de acuerdo o no. Los oficiales británicos promovían las prácticas religiosas de sus soldados nativos, fuesen musulmanes, hindúes, o sikhs, así como se preocupaban de mantener la dieta adecuada para sus tropas, esto es, nada de carne de cerdo para los soldados musulmanes, ni de bovino para los hindúes, entre otras prescripciones. En muy pocas ocasiones las diferencias étnicas implicaron problemas de disciplina: aquello sí ocurrió, por ejemplo, cuando algunos sikhs hicieron de su uso del turbante un rasgo innegociable de su identidad marcial frente a las pretensiones de oficiales británicos de imponer el uso del casco. Pero en general, el ejército del Raj, al basarse en criterios de etnicidad, no solo consiguió poner en práctica el principio de *divide et impera*, sino también aumen-

tar la cohesión y efectividad de sus tropas. Si este análisis nos demuestra que la habitual polarización ejército-sociedad es exagerada, Barkawi también pone de relieve el carácter cosmopolita del oficio castrense.

Una segunda línea argumentativa hace zoom sobre las propias dinámicas del combate y las campañas militares llevadas a cabo por las unidades indo-británicas en la Segunda Guerra Mundial. Aquí, Barkawi no rehúye el debate con los argumentos propuestos por autores como Omer Bartov, que destacó el factor ideológico como fuente de motivación para los combatientes del ejército de Hitler. Recordemos que convencionalmente se asume que al llegar a un cierto nivel de bajas sufridas en combate se socava fundamentalmente la cohesión y moral de una unidad militar; que la destrucción del grupo primario conduce a su disolución; y que la muerte de una parte sustancial de una compañía o regimiento en acción lleva sistemáticamente al pánico, la huida o rendición del resto de soldados. Pero como Bartov defendió en su día, combatientes muy ideologizados pueden guerrear sin cuartel hasta el último hombre. De la misma manera fanática, de hecho, parecían combatir los soldados japoneses a los que se enfrentaban los soldados del Imperio británico en Birmania. Lo que revela Barkawi es que los soldados coloniales indios también se caracterizaron, generalmente, por combatir con similar entrega. Una vez que los hombres recibieron adecuado entrenamiento para la lucha en la jungla, la guerra en el escenario tropical fue absoluta y sin cuartel. Barkawi, con una mirada sociológica deudora de la lectura de Durkheim y otros, pone el acento en los rituales, los tótems, los sacrificios y las prácticas de combate compartidas. La instrucción (*drill*) es uno de los primeros procesos que origina la efectividad de los combatientes en el campo de batalla. Después, la propia lógica del combate, como fuerza que absorbe y transforma a los participantes de *ambos* bandos, es lo que asegura el nivel de encarnizamiento mantenido tanto en Birmania como en el frente ruso. En ninguno de los dos escenarios se hicieron muchos prisioneros. En esta perspectiva, las bajas no dinamitan la moral tanto como alimentan el espíritu de lucha a través de lógicas de sacrificio colectivo, afinidades grupales y deudas de sangre. La muerte y el sufrimiento regeneran las fuerzas de los supervivientes, lo cual deriva en una retroalimentación circular de la violencia de guerra.

Siguiendo estos argumentos, Barkawi reescribe la habitual fórmula que conecta la Segunda Guerra Mundial en el escenario asiático con el odio racial. No fue el racismo lo que condujo a la guerra total entre japoneses y los aliados angloamericanos; fue la experiencia de guerra lo que llevó a la interpretación del conflicto en términos racistas. Las atrocidades y la conducta ultraviolenta en el campo de batalla fueron elementos compartidos por los japoneses y las fuerzas del imperio británico. Ciertamente, los ejércitos y sus estilos de hacer la guerra están influenciados por las estructuras del estado-nación, pero las naciones no son los sujetos estructurantes de las realidades del combate. Las fuerzas armadas del Raj se caracterizaron por trascender parámetros occidentales basados en el estado-nación y la modernidad. Más aún, revisitando los debates Goldhagen y Browning en torno a la cuestión de si los autores de atrocidades genocidas fueron “alemanes de a pie” o bien “hombres normales”, Barkawi – a la luz de lo analizado en su libro – recuerda que el servicio de armas en la Alemania Nazi fue un asunto más “cosmopolita” de lo que cabría imaginar (página 278). Igualmente, entendidas en su contexto histórico, el ejército indio y otras fuerzas imperiales británicas eran producto de la «globalización de formas occidentales de disciplina militar» (279).

Barkawi, de este modo, trasciende los marcos preconcebidos del estado-nación y las perspectivas eurocéntricas, a través de la historia imperial y del giro historiográfico poscolonial, y sitúa el estudio de los ejércitos en términos universales. En su libro, consigue descolonizar al soldado como actor histórico. Con este gran logro, su libro ensancha nuevas perspectivas de investigación que incorporan lo global al estudio de la guerra y el ejército. Pero algunos problemas menores pueden obstaculizar el impacto historiográfico de esta importante obra: el libro es mucho más de lo que aparenta a simple vista. La elección del título, excesivamente convencional, me parece desacertada, pues la obra no es un simple estudio de los “ejércitos indios y británicos en la Segunda Guerra Mundial” (como reza el subtítulo), sino que contiene un alto componente teórico que pasa desapercibido en portada. Inadecuado me resulta también el estilo del aparato crítico, poco útil en un trabajo de contenido histórico: se mencionan en nota al pie las obras solamente de manera abreviada incluso cuando se trata de su primera cita, y por lo tanto no se aprecian a primera vista las fechas de publicación y características de las fuentes bibliográficas (algo importante para los historiadores). Ciertamente se pueden consultar las referencias completas en la bibliografía, pero entonces, ¿por qué no directamente convertir las notas al pie en notas al final? En sus páginas, el libro reproduce mapas y fotografías de calidad e interés, pero la elección de la imagen de cubierta, aunque transmite una cierta (y reconocida) simpatía del autor hacia la institución castrense, no representa adecuadamente la crudeza y la violencia inherente al contenido analizado. Más allá de estos aspectos cosméticos, el libro deberá atraer a lectores internacionales, interesados en temas centrales de la historia social y cultural de la guerra y la nueva historia militar.